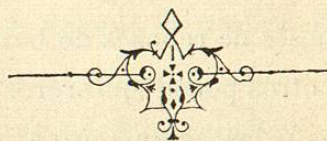


ferando: «¡Viva el Emperador!» «¡Viva la Emperatriz!»

Al ver aquello se desprende un escuadrón de gendarmes franceses con el sable desenvainado, y cuando está cerca de la gente atrabiliaria y se dispone á macerar cabezas, troncos y remos, Maximiliano se pone en pie dentro de la carretela, dice algo al general Mejía, que marcha á su vera, y se permite acercarse á aquella gente, que más que á la persona del soberano estima lo que significa una orden que detenga á los desapoderados jinetes franceses.

La comitiva penetró á la catedral en medio de una ovación delirante. Nosotros á la puerta aguardamos á la Emperatriz, y mientras en el interior nos recibían los obispos, fuera se alejaban, como una nota sangrienta, la guardia imperial, los picadores, los pajes y los cocheros, todos vestidos de rojo vivo...



### CAPITULO III

#### Versos y otras demasias

No creáis todo lo que os digan los periódicos y las gentes de aquel tiempo acerca de las magnificencias de la recepción imperial: cuanto se hizo no valió tres pitoches, y aunque los príncipes quedaron satisfechos, la cosa no era para tanto; mas para los conservadores que habían organizado aquello y que en su inocencia creían que México era la primera ciudad del Nuevo Mundo, que era lo más rico y lo más grande que existía y que de aquí tomaban lecciones de lujo y de elegancia los imperios más remotos de la tierra, aquello era el acabóse del primor y del buen gusto.

Para los fuereños, que en rebaños de cien y doscientas personas habían ocurrido á la corte para presenciar las fiestas imperiales, no tuvo comparación aquel espectáculo, y sólo algunos viejos que habían conocido á Pedraza y



hablándole de tú á Barragán, echaban de menos la entrada del ejército trigarante.

De esos fuereños inocentes, generosos y fáciles de contentar, era don Alonso Colmenares, mi vecino, el más honrado, simpático, servicial y atento de los payos que hubieran comido pan á manteles. Él, que había sido criado en la adoración del *Deseado*, y cuya madre creía, después de muchos años de haber muerto Nariguetas, que S. M. hircana seguía viviendo y gobernando, encontraba muy debido que se acogiera con cariño y cortesía á don Maximiliano I, tronco indudable de una raza de reyes.

Los días siguientes á los de la entrada, en compañía de don Alonso, de mi señora doña Martina y de su hija la bella Nieves, recorrimos todos los arcos, vimos la iluminación y el adorno y, como decía el fuereño, dimos fe de todo sin faltarnos cosa. A fuer de *cicerone* andaba con mis amigos mostrándoles cuanto había que ver ó que á mí me lo parecía.

— Esta es la casa de Escandón; vean qué farolitos tan cucos; esos soldados franceses que sostienen el trono son de muy buena ejecución...

— Yo nada sé de ejecución, malajo, prorrumpió don Alonso; pero eso de que me pongan el trono sostenido por las bayonetas de los de calzones colorados, me parece, con perdón de usted, una soberana indecencia. Pues qué, ¿no

somos nada nosotros? Pues qué, ¿Márquez y Mejía y Castillo y Robles, están pintados en la pared?

— Aquí tienen ustedes la casa de Barron.

— ¡Chula, chula! Habrá bien tres ó cuatros sacos de pesos empleados en este adorno. ¿Y qué quieren decir esos letreros hechos con vasos de colores?



— Quieren decir: «Dios salve al Emperador». «Sed bien venidos».

— Pues que Dios le salve, porque donde caiga en manos de los galabardos que hay por esos caminos, quién sabe cómo le vaya.

— Aquí vive Lizardi.

— El hombre no echó la casa por la ventana: los pe-



esos que ha ganado haciéndose y deshaciéndose gachupín para conseguir llevarse los dineritos de México...

— Papá, mire usted qué palacio tan lindo.

— Es el Teatro Imperial, dije, y la casa que le sigue es la de Mr. Montholon... Aquí viven las Moranes.

— No está del todo feo; pero podían haber hecho más esas noblotas.

Y de este modo, motejando aquí, aplaudiendo allá, ridiculizando en esotra parte y abriendo boca de á palmo casi en todas, vimos mi manada y yo las casas de don Gregorio Mier, del Marqués de Vivanco, de la condesa viuda del Valle, de don Ignacio Cortina, de Amor, de Almonte, de Gorozpe, de Casa-Flores y otras que dejaron muy satisfechos á mis amigos.

Pero don Alonso era incansable: como él decía, para trabajar y pasar mala vida, el rancho; para gastar y darse charol y vivir contento, la capital. Por eso había andado en compañía de los que iban á felicitar á Sus Majestades, de los que habían sacado vítores, de los que habían ido á visitar el Hospicio, la capilla de los Dolores y cuanto habían visto Maximiliano y Carlota. Sus comentarios habían sido de lo más chistoso.

— ¡Ay, señora! ¡cuántas *curras*, qué catrinería la que fué á saludarles!.. Pasamos por una calle, nos detenemos, y ahí tiene usted que sale al balcón un padrecito ya mayor, pero indito él y que dizque es obispo... No sé qué le

gritaron y entonces él se soltó echando vivas á todo el mundo... Me acuerdo que acabó diciendo: « ¡Que vivan y mil años vivan S. M. Maximiliano I, Emperador de México, y su augusta esposa Carlota Amalia!... » « ¡Que vivan Napoleón III, la emperatriz Eugenia, el general Bazaine y no sé qué otros extranjeros!... » Para México, ni una palabra... que le muerda un perro... ¿Ramírez dice usted que se llama ese indito? Pues no me gusta... Para más fué el señor Labastida, que después de vitorear á todo el mundo, le echó, así como de pilón, un viva á México... Fuimos luego con los Emperadores, y los pobres se deshacían en gracias á nosotros. Luego anduvimos por todas partes y donde quiera no se oía sino vivas y más vivas al Emperador; á la patria, ni esto... Los Emperadores son buenos muchachos; tan humildes, tan caritativos, tan bondadosos... Figúrese usted, hace dos días que quisieron conocer Chapultepec, les cogió allá la noche, se acostaron á dormir en el suelo, en unos colchones que tiraron allí los criados y que se consiguieron á última hora... Les han regalado á los menesterosos más de cinco mil pesos de su caja particular... ¡Pobrecitos! Ahora enséñale tú (dirigiéndose á su hija) los versos que te traje para que la madama sepa lo que es cajeta... Ya verá qué de primores... No sé de dónde diablos han sacado tantas cosas estos mexicanos; ello es que han llenado más papel en unos cuantos días que el que en Guanajuato se ha mianchado desde que hay imprenta...



¿Quiere usted leer ó prefiere que le lea esta muchacha? No lo hace tan mal; en la escuela siempre, siempre, sin falta ninguna, leía el discurso el día del certamen...

— Que lea Nieves, dije condescendiente.

Sin hacerse de rogar, la muchacha empezó con los versos de un tal Arnaldo:

Salud á vosotros, los dignos monarcas,  
Que en pos de la dicha de un pueblo venís,  
Y honrando sus pobres incultas comarcas  
Por senda de espinas bondosos seguís...

— Pero usted sea tan *bondosa* que no siga, exclamé interrumpiendo á la muchacha, que leía con excelente entonación y hasta con entusiasmo. Ese *bondosos* es de la escuela de Meléndez y de Cienfuegos y ya está mandado retirar desde hace tiempo. Vamos á otro.

— Esta es la décima que dijo un caballero en el vitor de la otra noche:

Con tan digno Emperador  
Y tan digna Emperatriz,  
México se halla en un *triz*  
De recobrar su esplendor;  
Religión, patria y honor  
Nos afianza el soberano.  
Que viva Maximiliano  
Y su consorte festiva,  
Y viva y mil veces viva  
El imperio mexicano.

Me reí de buena gana, y don Alonso advirtió:

— No me parece mal lo del *tris*: quiere decir que como

puede, que sí puede, que no se realice la cosa; lo que no me explico es eso de que la Emperatriz sea festiva. ¿Qué chascarrillos le habrá oído ese señor? ¿Cuándo la habrá visto torcerse de risa ó tirar bolitas de pan á su marido á la hora del almuerzo? Pero sigue, hija, y no hagas caso de mis tonterías.

¡La patria se salvó! Maximiliano  
Al empuñar en su valiente diestra  
El pabellón que tremoló en Iguala  
Senda de gloria y salvación nos muestra.  
¡Loado sea Dios! Del turbio Bravo...

— Pare usted, criatura, exclamé; si los dos mil versos de la oda de don Mariano Bejarano son como ese último, me quedo con el deseo de saber cómo insulta el buen señor á los Estados Unidos... Pero haga usted favor de leer esos rengloncitos impresos en letras doradas, que se están delatando hace buen rato, deseosos de que usted ponga en ellos sus lindos ojos.

¿Qué se ha hecho Homero con su lira de oro  
Que al Anáhuac no vuela presuroso?  
Aquí tiene hoy asunto asaz grandioso  
Que dé á su plectro acento más sonoro.  
No es de un Aquiles el sentido lloro  
Con que á Patroclo honraba cariñoso,  
Ni es de su enojo el grito pavoroso  
Que resonara en el celeste coro...  
¡Es nuevo Ulises en edad temprana!  
¡Es un Licurgo, es un Solón cristiano!...

— No continúe usted, no continúe, porque después se ha de comparar á Maximiliano con Jehovah...



— Pues oiga usted éstos y note cómo empiezan:

Como Jehovah con su potente mano  
Separó las tinieblas y la luz,  
Así el Emperador Maximiliano...

— ¿Lo ve usted? Vamos á esa composición en papel rosa claro. ¿Es para alguna novia de vecindad?

— No, señora; es para la Emperatriz. Vea qué lindos versos: ya los sé de memoria y creo que son de lo mejor:



Del Adriático lago  
Al valle ameno,  
Vienes como la aurora

Del día sereno:  
Día de ventura  
Que no tendrá ni rayos  
Ni noche oscura.

— Lea usted otro poco, que realmente los versillos lo valen.

Nieves leyó:

Del Rhin y del Danubio  
Del Pó y del Sena,  
Se oye como un suspiro  
Que el aire llena:  
Y su corriente  
Parece que murmura:  
«Carlota ausente.»

Los montes que al Anáhuac  
Altos dominan,  
Por saludar tu entrada  
La frente inclinan;  
Y su aura pura  
Envían á la que es prenda  
De paz futura...

— Eso, dije sin vacilar, es obra de Pepe Zorrilla; es el mismo tono de sus famosas serenatas á las mexicanas y á la Emperatriz de los franceses.

Iba á continuar la muchacha leyendo un papelote tricolor, cuando la interrumpí haciéndole una seña:

— Antes de despachar ese centón que ha de entretenernos varias horas, hagamos á un lado á la gente menuda: ¿Qué dicen esas cintitas impresas? ¿Son medidas de la Virgen de Guadalupe...?



- No, señora, son dísticos muy lindos.  
— Pues lea usted algunos, hija.

A EUGENIA, EMPERATRIZ DE LOS FRANCESES

Tú eres la grande amiga y la primera  
Que fué del nuevo imperio mensajera.

- Verdad es... y aun verso.  
Nieves siguió leyendo:

Gobernando en Venecia por su hermano,  
Probó que sabe ser buen soberano.

Mantendrá nuestra cara independencia  
Y harálo por amor y por conciencia.

Es guerrero y es sabio juntamente  
Y respetable aún más como prudente.

El altar es apoyo del imperio;  
Hará no gima ya en el cautiverio.

De Dios viene el poder, viene la ciencia;  
Nuestro rey sabe bien esta sentencia.

— No siga usted, no siga, que el rimerero de cintitas está aún del mismo tamaño... Ya se nota la tendencia de Zamacois, que no es otro el autor de esas aleluyas: forzarle la mano al Emperador para que nos ponga de moda el carlismo más espantoso. ¡Qué distantes están los pobres cangrejos de lo que se les espera! Mas no hay tiempo que perder; acabe usted con todas esas odas, canciones, epitalamios, epinicios y demás primores, pues de otra manera acabaremos á la noche.

— «A Maximiliano I por su exaltación al trono del imperio mexicano.» Oda... La firma Luis G. Cuevas...

— Déjela usted, que al buen don Luis le ha pasado lo que á Camoens: *la lira tenhe cansada e la vos enronquecida*... A los noventa años no hay quién dé pie con bola en materia de poesía.

— Siguen versos de L. G. Pastor, A. Pardo Mangino, A. Villaseñor, Niceto de Zamacois, L. G. Arnaldo, M. M. Alvarez, J. M. Díaz y Vargas, Victoriano de la Quintana, J. Argumedo Victoria y Manuel Pérez Salazar.

— A todos esos poetas de ocasión no hay que tocarles: ya usted sabe que con la poesía pasa lo que con los vinos: sólo se deben aceptar las marcas conocidas...

— Tenemos en este grupo las obras de las señoritas: Isabel Pesado y de la Llave, Soledad Manero, María del Carmen Cortés y Santana, *Una Mexicana, Una Jalapeña*... ¿Las leo?

— Deje usted en paz á las señoritas, que al fin no hemos de hallar entre ellas ninguna Safo, y pasemos á los himnos, motetes, cantatas, baladas y demás música con que han obsequiado al Emperador en estos días.

Bendición, mexicanos, al día  
En que un rayo de paz y consuelo  
Refulgente descende del cielo:  
Vuestras frentes con júbilo alzá.

— A otro, á otro, que ese es el mismo cuento.



— Esta es bellísima:

Mil himnos sonoros  
En este nuevo día  
De insólita alegría  
Cantemos al Señor.

— Pero, hija, ya está usted cansada y empieza á trocar los frenos: lo que me recita es el himno del *Pensador* á la Divina Providencia.

— No, señora, es una canción de don José Sebastián Segura al Emperador.

— Vamos á otra cosa, que eso no vale nada.

— Oiga usted las firmas: Tirso Rafael Córdova, F. S. de Tagle, Los Guanajuatenses, Los Michoacanos...

— No lea usted ninguno, que estamos de prisa.

— Leeré entonces estas inscripciones en latín:

Maximiliano I  
Mexici Imperatori...

— ¡Qué horror, también latín! ¡que Dios nos ayude!...

— Hay otras en mexicano y las firma un señor Chimal... Chimalpopoca: Oiga usted la primera: *Yehuecouh Azteca, Yepalli, in ti huci Maximiliano, mitzmo chielitica.*

— Muy bello, muy sonoro, muy expresivo; pero no lo entiendo y le ruego lo ponga en romance.

— Aquí está la traducción: «El antiguo trono de los aztecas, oh gran Maximiliano, os está esperando...»

— Con ese me basta para alabar... bajo la palabra de Chimalpopoca, la rotundidad y riqueza del idioma de los

aborígenes. Las otras veintidós inscripciones resérvelas usted á nuestro amigo el padrecito Robles... Ya acabamos, y en todo cuanto vimos no había nada sincero, ni alto, ni poético. ¡Ojalá que sea más verdadero que estos papasales el amor que se profesa á Maximiliano!

— No, señora, se equivoca usted, que todavía no concluimos: aquí queda una «Oda á SS. MM. I. I. Maximiliano y Carlota.»

— Empiece usted á leerla y no me diga la firma, que si acaso es la de uno de esos poetastros chirles que tanto me han aburrido, le pararé el resuello á poco andar.

— Dice así:

¡Que dado no me sea  
De paz y unión para cantar el día  
Bajo el cetro del Príncipe bizarro  
A quien su porvenir México fia,  
El acento de Schiller cuando evoca  
A Rodolfo de Hapsburgo atando al carro  
De su fortuna, en su valor sentada,  
La de Alemania insólita anarquía  
Y haciendo ante la ley rendir la espada!

¡O el entusiasmo ardiente  
Con que, del sol de Iguala al rayo puro  
Que de Iturbide iluminó la frente,  
Tagle, del jefe impávido en presencia,  
A la nación cautiva roto el muro,  
Cantó nuestra gloriosa independencia!

— Ese sí es un poeta: es *candida rosa nata dura spina...* Este sí lo entiende; éste sí tiene brío, entonación, gracia, arte, vigor y forma... ¡Y pensar que íbamos á dejar esa



perla entre la paja!... ¿Cómo se llama el autor de esa oda?

— José María Roa Bárcena.

— Con razón habla así, si es el único poeta conservador que existe en estos tiempos. Siga usted recitando la obra entera, que estoy cierta no desdice lo que resta de lo que va leído.

Leyó la muchacha y al concluir aplaudió la hermosa y valentísima oda. Yo me levanté á buscar á los padres de Nieves, que desde que había empezado aquel grande y donoso escrutinio, se habían alejado del cuarto por temor de la poética cellisca.



#### CAPITULO IV

##### De servicio

**D**ON Antonio Diego de la Luz Suárez de Peredo, Velasco, Hurtado de Mendoza, Parèdes Rochel, Beaumont y Leri, Caballero de los Olivos y Arri-llaga, conde del Valle de Orizaba, señor de Tecamachalco y vizconde de San Miguel, Caballero de la orden imperial de Guadalupe y de la Real y distinguida orden de Carlos III de España, me envió la divisa de la Emperatriz, que me correspondía desde que me habían hecho dama de honor.

Suele decirse del cacoquimio, flacucho y enfermizo, que no puede ni con la fe de su bautismo. Si esto es verdad, nadie menos capaz de levantar ese documento que el conde don Antonio, que no sólo estaba próximo, según todas las señas, al trance de la pala y el azadón, sino que también soportaba tal cantidad de nombres, títulos y dictados, que